

# REVISTA MODERNA

## ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



[PROFETAS DE MIGUEL ANGEI.—CAPILLA SIXTINA.—ROMA.



# LA MUJER DE TJUANG-TSÉ.

Yokohama. Agosto, 1900.



A LUNA llena tramonta, emergiendo tras de los boscajes del Bluff y sobre el bruñido disco del astro, sobre la luminosa neblina de su halo, se recortan los retorcidos follajes de arces y cryptomerias con firme y negra silueta, como los trazos de un pincel cargado de tinta china sobre la seda engomada y transparente de los kakemonos.... Se levanta el régio astro, y primero riega con polvo de plata la techumbre imbricada y negra del templo de Yakushi-Nyorai y luego sobre el dormido canal de Motomochi, sobre el betún de sus quietas aguas donde flotan los soporosos «sampanes,» hace correr arroyos de azogue tembloroso y zigzaguean-

tes riachuelos de plata líquida.

No puedo ver sin vehemente temores ese soberbio plenilunio. Mi casa, por un excéntrico capricho, sale del barrio europeo donde debía estar confinada, sale de su quietud nocturna y de su puritanismo burgués y por quién sabe que veleidades de curiosidad indiscreta se empina sobre los barrios chinos, sobre la pululante, hedionda y tumultuosa China-Town!... Y como el Chino es el noctámbulo por excelencia y como cada noche de luna en la celeste barriada es pretexto para sabatinas, agapes y faunalias, adiós quietud soñada y lectura prometida! Mis oídos se exasperan de antemano con el presentimiento de las cien audiciones instrumentales y vocales que deberán sufrir en la abominable velada.... Un concierto chino!

El *leit motiv* es el aullido de un gato en celo, un ulular continuo que acompaña un canto gangoso, todo apoyado por el sonido de instrumentos ríspidos que aguzan las más sutiles notas y las clavan como un largo punzón en los oídos....

Mis temores eran fundados; el concierto principia en el restaurant de Kung-Foé, casi al pie de mis ventanas. Una voz chillona y nasal vocaliza la famosa serenata china: «Tai-Sisho-Sheh-Way-Sjunmó.» Canción de moda hace dos siglos, arieta romántica que refiere la historia de cierto joven que después de gastar toda su fortuna con una mujer galante, con una «Flor,» como los chinos dicen, viene á quejarse con ella de que su padre lo abrumba con su maldición.—Los banjos asmáticos, los Pee-ba, estridentes guitarras, las agrias trompetas y las sibilantes ocarinas acompañan la «Complainte» del eunuco tipendo y además de esas armonías clásicas comienza el murmullo de la Chinería noctámbula que se apostrofa, que ríe en falsete, mientras las mujeres prodigan sus desentonadas risas y los perros aullan á la muerte con el miserable hocico tendido hacia la luna esplendorosa—..... Estoy fastidiado, aburrido, quién sabe qué demonio chino destila en mi cerebro la quintesencia del esplín....

Dos golpes de abanico sobre el papel de mi ventana y luego una disputa en donde distingo la voz de mi *amah*, criada, deteniendo á alguno que pugna por entrar y al fin Asano, el criado de Hengh-Li-So que descubre el bastidor, asoma su rostro sonriente y tras de varios *kotow* (reverencias) y otros tantos Tabradas án! Tabradas án! (interjecciones vocativas de que soy objeto) me dice que está comisionado por su amo para invitarme á tomar thé y quizás á cenar: («Hayako, hayako-o-cha-chop-chop.») (Luego, luego thé y comida!)

Muy bien, Asano! Me has proporcionado lo que deseaba—pienso dentro de mí—y luego en voz alta: —Dile al honorable Hengh-Li-So que pronto llegaré á su palacio desde mi humilde choza. Pero no había terminado de declinar las fórmulas de la política china cuando Heng-Li-So en persona, se me presenta, me toma del brazo y rumbo á su opulenta mansión me saca de la pobre mía....

Quién es Hengh-Li-So? Yo creo en mis adentros que es el más solemne canalla que ha parido china alguna; pero en mis relaciones casi diplomáticas con él y sus congéneres creo que es un acaudalado co-

mercante, prócer en la China-Town de Yokohama, que fuma opio como un *teriaki*, pero que es honorable; que tiene un *harem* integrado por cinco mujeres (excluyendo la legítima que impera con el mayor absolutismo) y que á pesar de ese harem es un virtuoso, un casto.....

Todo esto creo de Hengh-Li-So, porque Hengh-Li-So es mi amigo, porque me divierte, porque es amable con los (diablos occidentales) europeos, y porque su verbosidad poco asiática, su educación casi europea, lo hacen accesible al trato social, cosa rara en un chino viejo. Cuando Hengh-Li-So me invita á su casa, sé que el hogar chino descubre sus misterios ante mí y que el serrallo integrado por las señoritas Wong, Fu-kian Lao, Foé, etc., estará visible ante mi justa curiosidad toda vez que el despótico dueño, de gracias tan exóticas, confía en mí lo bastante para hacer que mis ojos de bárbaro profanen las muelles dulzuras de su particular gineceo.....

Heme aquí en casa de Hengh-Li-So. Su retrato? Una cabeza rapada, excepción hecha del occipucio que luce una delgada trenza, cráneo de microcéfalo, tez cetrina, pómulos angulosos, boca sensual, de labios enjutos que dejan ver una dentadura negra como barnizada con laca, y en los ojillos oblicuos una gota de opio negro, una retina dilatada y febril, que bajo los párpados rugosos, llora, rie, arde y se nubla entre los extraños efectos de los párpados temblorosos; Hengh-Li es casi una momia, está disecado, es un organismo de nervios y huesos agotado por las pipas de opio y por los abrazos del harem.....

Hengh-Li está triste, esta noche de luna en que aulla jubilosa toda la Chinería. Hengh-Li está esplenético y pesadumbroso, y al ofrecerme la primera taza de thé me dice en mal inglés algo que precisamente equivale á la sentencia del viejo del Eclesiastés: «He hallado más amarga que la muerte á la mujer; la cual es redes y lazos su corazón y sus manos como ligaduras».....

Y Hengh-Li (cuyo nombre significa la razón perpetua) ve de reojo á una de sus concubinas que, solícita y pasiva, le carga la pipa después de hacer arder el opio prendido en una aguja en la flama de una lámpara; Hengh-Li aspira la primer bocanada de su pipa y mientras afuera ulula y aulla la nocturna prostitución del barrio, me refiere lo siguiente, como una demostración de su frase de misogino desencantado.

Hace muchos siglos, muchas centurias, miles de años vivía en China un filósofo llamado Tjuang-Tsé que tomó como tercera mujer á una hermosa joven.... Con el fin de entregarse mejor á sus reflexiones filosóficas se fué con ella á un lugar tranquilo, rehusando cuanto alto empleo le fué ofrecido por el Imperio.

Un día que filosofando se paseaba, notó que había llegado á un cementerio; sobre un sepulcro reciente, una joven de luto riguroso estaba sentada soplando con un gran abanico blanco la huesa húmeda todavía.

El filósofo intrigado preguntó á la joven qué hacía allí y ella le respondió que esa tumba encerraba los restos de su esposo tiernamente adorado, que dejándola viuda en la tierra había destruído su vida para siempre. «Pero, hija,—preguntó Tjuang—qué haces con ese abanico?—Nos amábamos tanto, respondió ella, que cuando mi esposo agonizaba me hizo prometerle que no me volvería á casar antes de que la tierra de su tumba no estuviera enteramente seca, y ahora, prosiguió, volviendo á llorar á mares, ahora la tierra no quiere secarse á pesar de que hace mucho tiempo la oreo con mi abanico!

—Pobre hija mía, exclamó el sarcástico sabio, te compadezco, y en prueba de ello voy á ayudarte en tu tarea.

La viuda aceptó el ofrecimiento y le dió al sabio otro abanico blanco, y como el filósofo poseía una virtud misteriosa conjuró á los céfiros hasta lograr que la tumba se secara.—La joven viuda, radiante de dicha, se fué dejando á Tjuang sumido en profundas reflexiones.

Cuando Tjuang volvió á su casa tenía aún en la mano el abanico, y su mujer celosa y excitada le preguntó de dónde venía. El sabio le contó el episodio agregando: «Ya ves que la mujer es más pérfida que las aguas del Océano.» Pero la esposa se indignó replicando que esa viuda era una cínica, desvergonzada, afrenta de su sexo, y en el colmo de la indignación arrebató el abanico á su marido para hacerlo mil pedazos.

Poco después Tjuang-Tsé enfermó y murió al fin á pesar de los solícitos cuidados de su mujer. Poco antes de morir dijo á su esposa: «Lástima que hayas roto ese abanico.... lástima, pues hubiera podido servirte!»

El ataúd con el cadáver dentro quedó en la cámara de luto hasta que los adivinos fijaron el día de los funerales y la casa se estremeció con los alaridos plañideros de la viuda desesperada. Pero la mujer, en medio de su paroxismo doloroso, á pesar de su duelo, entre el iris de sus lágrimas distinguió á un joven que se confundía en el grupo de los dolientes.

Cada día la viuda y el joven venían á llorar ante el difunto, pero sobre sus pensamientos se desahogaban en ardiente lluvia como flores purpúreas los pensamientos de pasión.

Pocos días bastaron para el mutuo acuerdo y la viuda ardiente procuraba cuanto antes concluir el nuevo matrimonio. Sin embargo, existían obstáculos insuperables.

El no tenía dinero y se rehusaba á que las fiestas nupciales tuvieran por teatro la cámara en donde un cadáver yacía.... Pero la mujer allanó todo alegando que tenía dinero por los dos y en cuanto al cadáver lo hizo trasladar al fondo del jardín, bajo un ruinoso cobertizo....

Nada se oponía ya al matrimonio y por fin la fiesta se celebró con pompa inusitada. Y cuando la feliz pareja se encontraba en la mesa del festín, tras de la ceremonia, el joven palideció desmayándose,

quedando yerto y desencajado ante los asistentes consternados. La novia ululaba y hacía cuanto podía por volverlo á la vida. . . . Entonces el viejo criado del novio explicó que su amo padecía periódicamente esos síncope y que el único remedio que podía aliviarlo era bien difícil; el joven para sanar necesitaba beber el cerebro de un hombre en un vaso de vino. . . .

La joven viuda habló algunas palabras con el viejo sirviente y á una señal afirmativa de éste se arrojó de una hacha y corrió al fondo del jardín.

Rápidamente hizo pedazos el ataúd. Pero cuál sería su pavor al escuchar un profundo suspiro y al mirar al cadáver incorporarse lentamente con los ojos abiertos.

—Esposa querida, decía el aparecido, dame la mano, ayúdame á levantarme.

Helada de espanto, la viuda llegó con su siniestro acompañante hasta la sala del festín.—Allí no vió á nadie, ni á su novio ni al viejo servidor.

Sólo vió á los comensales del festín ante quienes el filósofo resucitado pronunció estas palabras: «Tú, dijo á su mujer, no has vuelto á casarte; tu joven novio fué una encarnación de mi espíritu que quiso poner á prueba la fidelidad que me juraste; pero no se juega con el Amor ni con la muerte, ¡ven conmigo!»

Los comensales del festín que huyeron despavoridos, volvieron al día siguiente á la casa de Tjuang-Tsé, y en el fondo del jardín, bajo el ruinoso cobertizo, vieron el ataúd hecho astillas y en su fondo los cadáveres del filósofo y de su esposa, ambos cubiertos por el blanco abanico del perjurio que secaba sobre las tumbas el rocío del llanto!

\*  
\* \*

Y al concluir su relato Hengh-Li-So, se me figuraba el viejo del Eclesiastés: «He hallado que la mujer es más amarga que la muerte, que es redes y lazos su corazón y sus manos como ligaduras.»

JOSÉ JUAN TABLADA.

---

## LA MIRADA DE TUS DULCES OJOS.

---

A MARGARITA.

En el santo templo de cirios cuajado  
Donde vas á misa, yo jamás imploro  
Ni musito rezos, pero arrodillado  
El perfil celeste de tu faz adoro.

En la calle miro tu ceñida espalda,  
Tu sombrilla abierta bajo el sol radiante,  
Y tu mano breve que pliega tu falda  
El talón mostrando de tu pie elegante.

En el palco busco tus tiernas miradas,  
Aunque tú escondiendo su lumbre tranquila  
Abres tu abanico de plumas nevadas  
Que como una nube vela tu pupila.

Súplica ferviente, recóndito ruego,  
Te sigue la llama de mi vista ansiosa,  
Te ronda y te cerca, como cerca el fuego  
El ala vibrante de la mariposa.

Hasta que movida por lo que te quiero,  
Sabiedo mi pena me ves sin enojos,  
Y en mi ánimo triste como en un joyero  
Guardo la mirada de tus dulces ojos.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala, Octubre de 1901.

---



## UN SUICIDIO.



AQUINALMENTE, en una inconsciencia de sonámbulo, el pobre enamorado encontróse de pronto ascendiendo raudo, jadeante, los peldaños del caracol del campanario, cual un proyectil por un cañón rayado en espira. Acababa de jurar que se mataría, después de una breve escena borrascosa con Rosalina, la morena lunarosa á quien había encontrado en el atrio de la Catedral.

Ella pasó, dando el brazo al rival, y Jacinto la había llamado con su derecho de antiguo amante. Y Rosalina condescendió, desprendiéndose un momento, para venir á decirle vibrando de cólera:

—Es la última vez, entiendes?..... Se acabó!..... Vamos! te aborrezco!..... Ese otro es al que yo adoro!

—Mira, Rosalina, que te mato!

—Acaso eres hombre?.... Uy, uy!.... Te mato! ... ¿Y por qué no te matas tú?.... porque no traes ni un alfiler, verdad?.... Pero si fueras hombre, subirías á la torre y te quitarías de cuentas echándote!.... Anda!.... ¿Ves? La puerta del campanario está abierta.... Cobarde!

Y lanzando una sonora carcajada y dando una rabieta, Rosalina, la más hermosa y perversa de las plebeyas galantes, huyó de Jacinto sardónicamente burladora. El mozo sintió que una ola de sangre le cegaba los ojos; luego livideció y tambaleóse, y como si alguien más poderoso que su voluntad lo empujara, se dirigió febril y penetró á la torre subiendo la escalera.

Llegó al primer descanso, en la explanada de las grandes campanas, y asomándose por la balaustrada de piedra, descubrió con ojos ávidos á Rosalina que habiéndolo visto subir, acechaba con mirada avizora, levantado el rostro al cielo. Pero los árboles del atrio se interponían entre los dos, y como Julián quisiera ser visto por ella plenamente, continuó ascendiendo tembloroso y palpitante, ahogado por una secreta y extraña rabia contra su propia cobardía sagazmente descubierta por Rosalina. Quería que ella viera su hazaña suprema de valor, quería lavarse para siempre del estigma sangriento, con la tenebrosa y fatal interpretación que del valor hace nuestra gleba. Cobarde él!..... Ella, la perjura, la idolatrada con una pasión de vida ó muerte, como las tremendas pasiones de los plebeyos atávicos de crimen, había juzgado cobardía su amor sumiso, aquel amor suyo pisoteado que á su pesar florecía como el cactus! Para el mozo apasionado y romántico, una vez despreciado no le quedaba sino matar ó morir! No había tenido valor para acuchillar á la pérfida, y puesto que ella lo había desafiado á quitarse la vida, y lo que más había lacerado su orgullo, afrentándolo de cobardía, debía probarle ante la ciudad entera que sabía morir por ella como un hombre, y que le arrojaba su cadáver como un ultraje para callar su lengua de serpiente!

De pronto, tras una ascensión de grumete por una escalera que colgaba en el vacío, encontróse en el último cuerpo de la torre, entre los arzobispos de piedra que se irguen sobre los cuatro ángulos. La ciudad extendíase panorámica y murmurante, bajo la esplendorosidad de un crepúsculo de fuego, una hornaza ignea de luz vespéricamente deslumbradora. Las cúpulas y los campanarios de cien templos seculares se alzaban altivos en proclamación monumental de muertas centurias conquistadoras; y las manchas verde-oscuras de los macizos de árboles se destacaban de la blancura uniforme perfilada en reflejos de oro de los palacios virreinales almenados y de las pesadas arquitecturas cuadrangulares de la ciudad vieja entre la cual se amurallaba la antigua Catedral española.

Jacinto inclinóse á mirar al pie de la torre, y un terror espantoso culebreó por su espina dorsal; la altura, juzgada pequeña desde el atrio por la vasta pesadumbre del edificio enorme, era prodigiosa. El atrio veíase en proyección semeando un parque pequeñito, y una población de Liliput hormigueaba en apresuramiento de himenópteros sorprendidos por la noche. Los ojos enloquecidos de Julián buscaron á Rosalina sobre el asfalto y la descubrieron rígida, con el rostro siempre alzado en espera del siniestro drama.

Entonces Jacinto sintió flaquear su decisión. Cómo!..... Ella se quedaba en el mundo á gozar de la vida, del amor, de la juventud y del placer!.... Ella, burladora y cruel, traidora y sin corazón, seguiría

flechando y perdiendo corazones, y él se estrellaría el cráneo sobre las losas y lo recogerían hecho una masa sangrienta que causara horror! . . . . De súbito, una sonora y vibrante campanada, la del Ángelus, rasgó las ondas aéreas, y Jacinto, sacudido por un estremecimiento de pánico, al borde del abismo, perdió pie. Cristo! . . . . Con un movimiento prodigiosamente rápido, logró asirse arañando con sus uñas la piedra, y se encontró posado sobre una voluta que apenas se avanzaba en relieve una yarda. Resbaló adherido al muro, echado atrás el cuerpo, escapado milagrosamente á la atracción y á la pesantez, y quedóse lívido, helado, los ojos fuera de las órbitas por el terror, la cabeza erguida por instinto de conservación para no ser atraído por el abismo, los brazos abiertos en cruz para prolongar su adherencia salvadora! Pero las fuerzas le faltaban; sus corvas temblaban acometidas por un temblor invencible; su cabeza desvaneciase de horror; sus miembros helados y flojos exudaban el sudor viscoso de la muerte; su lengua paralizada, pegada á su paladar árido, ahogaba su respiración estertorosa; su corazón en un golpear vertiginoso parecía atropellarse por acelerar sus últimos latidos!

Un terror inaudito, inconcebible, invadía en relámpagos destructores la razón del misero; la idea tremenda de Dios inexorable, de Dios castigador y justiciero, tentado por el extravío demente del desgraciado, crecía en proporciones inconmensurables en su cerebro desquiciado; y el terror inmedible, el terror insondable, aplastaba en su alma todo pensamiento implorador de gracia, imprecador de piedad y de misericordia!

Erizado, lívido, tembloroso, jadeante, aguijaba su terror á la muerte y su ansia febril de vivir un instinto de animal acosado por un supremo peligro, el instinto latente en el hombre y que llegado el instante decisivo de prueba, triunfa sobre todo impulso que no sea el de vivir. Una nube de murciélagos escapados de sus madrigueras al toque del Ángelus, rondaba con sus alas membranosas y satánicas el cuerpo del infeliz; diríase que eran pequeños espíritus del mal que bailaban la danza del vértigo atrayendo con un mareo demoniaco al suspendido sobre el abismo; pasaban en vuelo pesado y torpe, rozando el rostro cadavérico cual un enjambre de vampiros ávidos de chupar la sangre de aquella presa que se les escapaba! . . . . Un chirrido agudo y estridente, más hórrido que el exasperante chirriar de un gonce enmohecido, chilló sobre su cabeza, y al levantar Jacinto los ojos vió en el paroxismo del horror dos ojos fosfóricos, los ojos llameantes de una lechuza que parecía la encarnación de Lucifer, y que lo miraban en un movimiento giratorio del nyctálope que parecía infundirle: «Arrójate! suéltate! échate!»—y el miserable sentía que le abandonaban las fuerzas exhaustas; comprendía que un solo movimiento hacia adelante lo precipitaría al vértice, que cualquier tentativa de modificar su posición rompería el equilibrio que milagrosamente había guardado, y este pensamiento exacerbaba su dolorosa angustia! . . . . Solamente Cristo, el divinamente fuerte, pudo sufrir tres horas de formidable agonía enclavado en la Cruz!

Y los murciélagos rondaban, rondaban en danza macabra alrededor de Jacinto, despertando en su espíritu pavorosas y siniestras visiones de aquelarre! Parecíale que una greguería aullante ascendía de la noche negra en que había caído la ciudad, y que hórridas brujas venían cabalgando sobre escobas á rondar también, cogidas de la cola de un gato negro de ojos de ascua, y seguidas del macho cabrío que bramaba brincando en el viento, empujado por una racha huracanada de infierno que prestaba alas quiméricas á todo lo que se arrastra, á todo lo abyecto, al ofidio y al escuerzo, á las víboras cascabeleras y á los sapos hinchados y congestionados de odio! Pasaban, pasaban en ronda abracadabrante sugestionando su pobre espíritu pavorido, invitándolo á voltear en el vacío con las alas de la quimera! . . . .

«Ven! . . . ! Ven! . . . !»

Y la lechuza, inexorable, repetía su estribillo:

«Arrójate! suéltate! échate!»

Del fondo negro del abismo, pues aquella noche por un sarcasmo de la suerte se había interrumpido la corriente eléctrica y no daban luz los focos, surgía un coro lastimero de aullidos ululantes: los perros habían visto sin duda á la muerte, á las brujas y al diablo, los perros vagabundos, los perros flacos y hambrientos que poseen olfato de cadaverina y ojos visionarios, y lanzaban su clamor fatídico vuelto el húmedo hocico al cielo, en tanto que los gatos mayaban enarcando el espinazo erizado de púas, resolplando enfurecidos ante aquella sinfonía siniestramente demoniaca!

El angustiado, presa de mortal agonía, jadeaba en lucha desesperada con la muerte que veía estrechar sus círculos constrictores más y más. Su vientre hundíase en contracción de pánico; sus flancos palpitaban cual los del equus fulminado de insolación; sus miembros se derretían en copioso y maldito exudar de ético, y sintió en un cataclismo de espanto que sus pies vacilantes resbalaban pulverizando la cantera de la voluta roída por los siglos!

. . . . . Súbitamente, un rozamiento extraño, pero real, tocó la palma de su mano izquierda; el frotamiento, casi insensible sobre su epidermis helada, se repitió más pronunciado y Jacinto volvió lentamente el rostro y á la luz de las estrellas vió que un pedazo de cuerda descendía de la cornisa y flotaba al viento, al alcance de su mano, cuando una ráfaga la empujaba . . . . Una sensación portentosa de esperanza electrizó sus miembros y vivificó sus nervios agotados . . . . pero la cuerda había vuelto á su quietud en perpendicular, y era necesaria otra ráfaga de viento para que Jacinto la alcanzara . . . . Estiró su brazo todo lo que pudo, en elasticidad increíble para la rigidez de su cuerpo siempre á plomo; pero apenas tocó con las yemas de sus dedos la cuerda . . . . Esperó extático, devorado por terrible ansiedad . . . . pero el viento parecía haber soplado solamente para burlarse del infeliz! . . . . Pasó uno, pasaron dos mortales minutos . . . . y el viento no venía . . . . Gruesas lágrimas de despecho y de insondable amargura resbala-

ban por las mejillas del condenado, en crisis tremenda de tortura. . . . y enajenado, enloquecido de sardónica esperanza iba á jugar su vida imbécilmente, pretendiendo saltar hacia la cuerda para asirse á ella, cuando una ráfaga débil, apenas sensible, fué creciendo. . . . creciendo. . . . la cuerda se movió, osciló, enarcóse cual si resistiera el empuje. . . . y al fin Jacinto la palpó entre sus falangetas, y deslizándola más en un movimiento envolvente, logró asirla!

Santo Dios! . . . Era salvo! . . .

Respiró largamente embriagado de inefable ventura! Su horrible pesadilla de sangre y muerte, macabra y satánica, desvaneciase en su alma; pero de pronto, al ver que los focos eléctricos se encendían, estalló la cobardía atávica del pobre degenerado en alaridos salvajes, demandando socorro!

Y cuando acudieron á salvarlo y pudieron izarlo con cuerdas, al fulgor de antorchas de brea, Jacinto, pavorizado, lamentable, los ojos errantes, huía de los que lo rodeaban y adheríase de espaldas á los muros, con los brazos en cruz, perfectamente loco!

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.

---

## HORTVS DELICIARUM.

---

El crepúsculo sufre en los follajes.  
Tus manos afeminan las discretas  
caricias de las noches incompletas  
bajo una fina languidez de encajes  
y una indulgente aroma de violetas.

Nieva tu palidez sobre las horas.  
Mi deseo perfuma, y mi pupila;  
al fulgor de la tarde que vacila,  
complica en sutilezas tentadoras  
la breve arruga de tu media lila.

Algo llora en los árboles espesos.  
El alma, enferma de divinos males,  
quiere unir en las copas inmortales,  
á la inquietud ambigua de tus besos,  
el sabor de las églogas pradiales.

Llega un triste mensaje: ha muerto Ofelia.  
La flor de oro del Sol, desde el Poniente,  
quema en su polen de oro, inútilmente,  
tu integridad estéril de camelia,  
y agoniza dorándote la frente.

Hoy cantan los maitines de las flores.  
Deja arrastrar tu falda entre mis penas,  
y al ritmo de la sangre de mis venas  
trovaré el virelay de tu pudores  
y canonizaré tus azucenas.

Las tardes se marchitan desoladas.  
Dame el saludo de cortés desvío,  
y verás cuál resbala por el frío  
ópalo de tus uñas delicadas,  
mi alma, como una gota de rocío.

El violín detalla una gavota.  
Mi corazón fallece en un gemido,  
porque al beso de sombra del olvido,  
bajo el ancho moaré de tu capota  
tu mirada y la tarde se han dormido.

LEOPOLDO LUGONES.

---



SANTIAGO ARGÜELLO II. (DE NICARAGUA).

## EL POEMA DE LA LOCURA

### EL SECRETO DE LA HARMONIA

Ó LA ODISEA DE LAS NOTAS.

EL LOCO, CORPANCHO.— *La araña y el insecto se adurmieron al arrullo de las Notas.*

EL LOCO:

Un piano que dormía.  
Se veía en la sombra, dentro del mudo piano,  
de las Notas letárgicas el perfil extrahumano.  
Eran cien las durmientes de aquel bosque. Sus ojos,  
tras el velo del párpado; y los labios, que, rojos,  
sangraban armonías, ya eran loza enigmática,  
helada y blanca: loza de la lírica plática.  
El silencio apretaba la garganta apolínea,  
y se cristalizaba sobre el torso la línea.  
Una explosión melódica y súpita. Alguien, fuera,  
—quizá un genio—ha llamado violento, y á la vera  
de una bella durmiente, sonó la cuerda. El eco  
puso en la tensa cuerda un tembloroso fleco  
de vibración. Y todas las hadas despertaron.  
¿Quién llama?... Oyeron pasos, y al Príncipe aguardaron.  
«Despertad!» Usó el Príncipe de su varita mágica:  
y salió el hada Amable, y salió el hada Trágica,  
y la que sorbe el agua clara de las tranquilas

fuentes, y la que llega trayendo en las pupilas  
 el velo de Leonardo de Vinci. Salen todas,  
 al desnudo las formas, como para las bodas  
 edénicas; y al mando del Príncipe, en un coro,  
 la obra de la Harmonía dice el proemio sonoro.  
 —«Marchad á los palacios donde el silencio nieva,  
 y echad la brasa mágica que la garganta lleva!»  
 Tal dijo el raro Príncipe; y al instante que oyeron,  
 en la sombra las hadas en tropel se perdieron.

Corrieron las hadas, volaron por bosques y llanos hendiendo  
 la sombra nocturna. Y al eco vibrante del rítmico estruendo,  
 el viento salió de sus antros  
 sonando su trompa guerrera;  
 el árbol, en donde la sombra,  
 parásito obscuro, se enreda,  
 al conjuro alegre  
 sacudió sus crenchas.

En las negras cuevas cóncavas  
 las cabecitas de los ecos se alzan,  
 en cuyas lenguas la sonora fiesta  
 en polisono espejo se retrata.

En el río la náyade  
 su collar arrastra:  
 el collar de las perlas  
 de la fuente clara.  
 Del palacio arbóreo  
 abre la hamadriada  
 corticales puertas  
 húmedas de savia.

Y pasan la hadas veloces cortando la sombra nocturna,  
 la faz de la Noche, la faz cavilosa, la faz taciturna.

CORPANCHO:

(Diluye  
 la risa  
 en mohín catedrático:  
 en una mueca docta y compasiva)

—Ese pobre!... No sabe  
 que en la noche no hay penas ni alegría;  
 que la noche es tan sólo  
 la negación del día!

Las hadas!... lindo cuento,  
 solaz de la ignorancia!...  
 Son iguales quizá en entendimiento  
 la Locura y la Infancia.

Cuando oiga usted... espero...  
 ¿Conoce usted á Spencer, caballero?...

(Continuará).

SANTIAGO ARGÜELLO H.





## EL BLASON DE LA DUQUESA.



N una de estas mañanas, al leer, según mi costumbre y antes de salir de casa, *El Imparcial* del día, tropecé (y ya se comprenderá más adelante por qué empleo este verbo) con un articulillo de Don Javier Santa María, que llevaba por título «Cena de Navidad.» Leerlo, sonreír y decirme: «¡así se escribe la historia!» fueron cosas que hice en menos de tres minutos.

Pero como aquel artículo en que se narran acontecimientos falsos, ha reavivado mis recuerdos verdaderos, y como después de aquella lectura he tenido con el director de la *Revista Moderna* y con otros amigos míos que, como yo, lo fueron de Manuel Gutiérrez Nájera, á quien el poeta Santa María alude en su escrito, conversaciones acerca de lo narrado en él, he acabado por resolverme á escribir estas líneas, en las que el lector encontrará, con

la verídica historia de la «Duquesa Job,» la explicación de la sonrisa y de la reflexión exclamativa de que antes hablé.

Refiere Santa María en su «Cena de Navidad,» que últimamente, en una estación de bandera del bosque (no sé cuál, pero supongo que será el de Chapultepec, que no tiene estaciones de bandera), entró en una tienda para tomar una botella de cerveza; que ahí encontró, ejerciendo accidentalmente las funciones de tendera, á una mujer «pequeñita, delgada, con el pelo entrecano, algunas arrugas en la frente y en las sienes, la boca roja y alegre, y los ojos muy grandes y lucientes;» que esa mujer, que dijo estar ahí pasando una temporada con su hija y su yerno, «encendió en su memoria la linterna mágica de los recuerdos;» que, finalmente, la reconoció, y que era una tal Matilde, dependienta que fuera hace más de veinte años de un almacén de Plateros, francesa, amiga de poetas y periodistas, de los redactores de *La República* especialmente, y que por esa época había dado ó compartido á ó con «Gutiérrez Nájera, Pepe Negrete, Pepe Bustillos, el señor Rico, Joaquín Trejo y el mismo Santa María,» una cena de Noche Buena, en la cual, el primero de esos escritores, había dado por primera vez lectura á su «Duquesa Job,» poesía inspirada por la referida Matilde.

Ahora bien: muy á pesar mío, y solo impulsado por mi amor desmedido á la verdad, manifiesto que si alguna linterna encendióse en la mente de Santa María allá en la estación de bandera del bosque, no fué la mágica de los recuerdos, sino la caprichosa de la imaginación, que forja leyendas y novelas. Ni la «Duquesa Job» fué escrita hace más de veinte años, ni la que la inspiró se llamaba Matilde, ni puede tener yernos, ni pudieron estar juntos, como camaradas literarios, en la redacción de *La República*, ni en ninguna otra parte, Pepe Negrete y Pepe Bustillos, que hoy sí lo están en las regiones del no ser, desde las cuales no pueden protestar, pero que no son tan profundas para los que los conocimos, que nos impidan señalar y rectificar las fábulas que acerca de esos desaparecidos se forjen.

En las ediciones de las obras poéticas de Manuel Gutiérrez Nájera, aparece la «Duquesa Job» dedicada á mí, y ese hecho, así como la afectuosa é íntima amistad que con el Duque me ligó desde los últimos meses del año de 1886 hasta su muerte, me ponen en condiciones de conocer la historia de esa composición y me dan cierta autoridad al narrarla.

En aquella época precisamente (1886), época de mi llegada á esta ciudad y de mi ingreso á *El Partido Liberal*, que dirigía José Vicente Villada y cuya redacción se encontraba en el callejón de Santa Clara, en los bajos de la casa de Don Juan José Baz, fué escrita la «Duquesa Job,» y publicada fué por primera vez en un semanario que se llamaba *Gil Blas* y que redactábamos Gutiérrez Nájera, Felipe G. Cazeneuve (peruano, redactor entonces de *El Partido*, más tarde canciller del Consulado Mexicano en París, después cónsul de México en Eagle Pass y hoy radicado en Lima, en donde, según creo, redacta *El Tiempo*); Julio Espinosa (periodista muerto, hijo que fué del ex-tesorero general de la Nación) y yo. De ese *Gil Blas*, que fundamos con el doble y disímulo objeto de hacernos un nombre en la política y de dar á conocer los mejores trozos musicales (porque á cada número acompañaba una pieza de música) de las operetas que ponía en escena la Judic, que acababa de llegar á México y trabajaba en el Nacional, no se publicaron más que cinco números, pero del segundo de ellos tomó la prensa del país, para reproducirla, la «Duquesa Job.»

Acercas de la persona á quien el Duque consideró por entonces digna de llevar—aunque subreptivamente—su nombre y sus armas, tengo que ser discreto al hablar, no sólo porque me repugna que se saquen á luz episodios de la vida privada de los hombres célebres—sobre todo desde que he visto cuán maltrechos han salido los manes de Alfredo de Musset y de Jorge Sand, de la publicación de tantas y tantas intimidades como acerca de ellos han editado los memoriógrafos y desenterradores de correspondencias—sino también porque ayer precisamente, Luis Maillfert y yo creímos reconocer, en las facciones algo ajadas de una señora que pasaba por la calle del Coliseo Viejo, las no muy correctas, pero sí graciosas de la *grissette* que inspiró á Manuel su encantadora poesía.

La duquesa Job no se llamaba, no se llama (puesto que estoy cierto de que todavía vive) Matilde, sino Marie, y en la época en que tuvo blasón y sangre azul (ya que el título de Manuel fué ¡ay! de los que no se heredan y menos *morganáticamente*) era dependienta del almacén de Madame Anciaux, sito donde hoy está la cantina «Flamand,» 2ª de Plateros. Añadiré que Marie no tuvo más roce con escritores y poetas que los que tuvo con Cazeneuve y conmigo, que entonces nos reuníamos diariamente con Gutiérrez Nájera y que lo acompañábamos—así como Pancho Garay y Justiniani, Carlos Govantes y Luis Maillfert, que no son hombres de letras—cuando, todas las tardes, á la una y á las seis, la esperaba paseando «desde las puertas de la Sorpresa hasta la esquina del Jockey Club;» y conste que sólo el justo temor de ser indiscreto, me hace no narrar con todos sus detalles un episodio que pudo ser trágico: una tentativa de suicidio con vulgares cerillas disueltas en una taza de té, que se verificó al romperse los dulces lazos de amor juvenil que ligaron al Duque y á la Duquesa, y que no tuvo fatales consecuencias gracias á la pronta y eficaz intervenció de nuestro no olvidado amigo el Dr. Juan N. Govantes.

Esta es la verídica historia de la «Duquesa Job.» Al recordarla y relatarla, no he podido menos de conmoverme. Si á esos episodios no los cubre el velo de veinte años, sí los cubre el de quince, y cuando se hacen esfuerzos para ver al través de quince años, lloran los ojos del alma, como lloran los del cuerpo cuando se esfuerzan por ver al través de múltiples velos de niebla.

¡Pobre Duque! No olvido, no olvidaré nunca nuestras sabrosas charlas á las horas del ajeno, ya fuera en casa de Plaisant ó de Meesser; ni cómo los interrumpía invariablemente poco antes de la una y de las seis para ir á esperar á la Duquesa; ni cuán alegre retornaba á nuestro grupo cuando habia, por gracioso don de su amada, podido reemplazar la marchita gardenia que llevaba desde por la mañana en el ojal de la levita, con otra fresca y lozana!.....

Antes de terminar estas líneas, debo decir que no conozco á Don Javier Santa María, personalmente. Conozco, sí, sus versos, y ellos me han hecho quererle como á un amigo. Recorro, pues, al *magis amica veritas* para que me perdone el ligero escozor, que sin duda va á producirle lo antes escrito.

MANUEL PUGA Y ACAL.

México, Diciembre 30 de 1901.

---

## BALADA DE LOS GOLFOS

PARA VOLVER AL CICLO DE LAS EGLOGAS.

---

DEL LIBRO "EGLOGAS."

---

Venid, yo tengo para vosotros  
también un poco de corazón;  
mientras riendo pasan los otros,  
venid, yo tengo para vosotros  
una canción.

¡A ver! mostradme los dientes blancos,  
los ojos grandes, los pies deformes  
y los harapos sobre los flancos.  
¡A ver! mostradme los dientes blancos  
de lobos jóvenes.

¡Bravo! Dejadme que me convenza  
de vuestros odios y vuestros crímenes;  
habladme todos—no os dé vergüenza—  
¡bravo! dejadme que me convenza  
de que sois viles.

¡Pobres muchachos! Yo he de mostraros  
el gran remedio de vuestras penas;  
sagradamente quiero educaros,  
¡Pobres muchachos! Yo he de mostraros  
vuestra riqueza.

¿Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas  
deshilachadas, corre la sangre;  
¡tended las manos á vuestras copas!  
¿Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas  
tenéis la carne!

¡La carne ubérrima, la carne viva!  
y carne y sangre vuestras entrañas,  
cuando os desprecie la raza altiva  
gritadle: «¡Somos la carne viva  
que os amenaza!»

Y entrad en vuestra carne sangrienta  
y oíd el ruido de vuestra sangre;  
niños de larga faz macilenta,  
entrad en vuestra carne sangrienta  
y hacéos grandes!

¡Sed los esposos de las pasiones!  
y bajo el forro de vuestras venas  
—¡gloria á los músculos y á los tendones—  
sed los esposos de las pasiones  
contra las vírgenes de las ideas!

No creáis nada, no aprendáis nada,  
salvajes míos, niños feroces;  
retad á todos con la mirada,  
y, en todo nuevos, no aprendáis nada,  
mis lobos jóvenes.

Sed criminales y hacéos fuertes,  
mis pequeñuelos, mis redentores;  
vais, como piedras, rodando inertes;  
pero ya es tiempo de haceros fuertes  
entre el ejército de las pasiones.

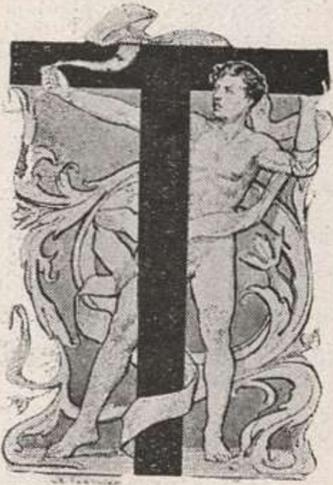
Yo mi esperanza pongo en vosotros,  
los dominados del corazón,  
y—triunfen unos ó triunfen otros—  
yo tendré siempre para vosotros  
una canción!

EDUARDO MARQUINA.





## LA MANSION.



**T**RISTÁN y yo veníamos de los Banges y descendíamos hacia el lago de Aumery por su garganta de Lerchaux. Solamente que, en lugar de seguir los recobcos del gran sendero, habíamos tomado el partido de acortarlos y caminábamos un poco á la aventura, ora á través de los prados turbulentos, donde florecían, por centenares, las estrellas blancas de las parnacias; ora bajo los castaños rumorosos, donde los avillones sierverales revoloteaban arrojando al aire sus notas estridentes.

De tiempo en tiempo hacíamos alto para contemplar el paisaje que se extendía á nuestros pies, y que el sol, declinando, teñía con sus más opulentos colores; los bosques encrespados, ya bañados por una sombra violácea, ya abrillanta los súbitamente por rayos luminosos; el lago azul y oro; y sobre la ribera opuesta, el gigantesco macizo de la Tournette perfilando en pleno cielo sus antemurales desgastados y sus cimas fantásticas rosadas por los postreros rayos del sol muriente.

Ibamos tan bien, que al cabo de una media hora nos extraviámos. Lejos de volver al camino, nos encontramos perdidos en el fondo de una especie de vallecito reverdeciente. Habíamos ya perdido de vista el lago y las montañas, y nos internábamos, al azar, á lo largo de un caprichoso sendero que nos llevaba quién sabe dónde. Esas vagabundas comarcas no tienen nada de displicente cuando el día comienza; pero pierden mucho de su encanto cuando el crepúsculo se apróxima.

—Es imposible orientarse en esta espesura, exclamó Tristán, ¿no encontraremos jamás el borde del lago lo suficiente á tiempo para tomar el último bote, y Dios sabe dónde tendremos que ir á dormir.

—Procuremos desde luego, respondí, salir de este bosque encantado y ganar una lomada desde donde podamos ver el país.

Dejamos el sendero, escalamos una de las pendientes del vallecito, y tuvimos la suerte de llegar efectivamente á la orilla del monte. Pero no habíamos adelantado nada. El horizonte está siempre limitado por espesas enramadas; solamente que, entre la verdura sombría, veíamos esfumarse á lo lejos techos de teja en lo profundo de una cañada.

—Hay allá bajo un villorrio, dije á mi amigo; sería cosa del diablo... si no tuviera siquiera un figón donde encontrar un catre para pasar la noche...

En efecto, al cabo de un cuarto de hora desembocamos en la primera casa, situada en medio de nogales. Con su abultado pajar, su galería exterior y su escalera de piedra blanca, tenía un aspecto agradable. Justamente un buen hombre descendía de las escaleras y se dirigía hacia una fontana que surgía de un tronco de árbol, á algunos pasos de allí. Enderezamos á él para obtener las indicaciones necesarias. «¿Dónde nos encontramos?»... ¿Tendremos la dicha de encontrar en alguna parte algo de cenar y un lecho?...

—Estáis, respondió el viejo, en Pregmi, parroquia de San Eustaquio; pero no hay aquí ni tabernas ni casas de alojamientos... Podréis, quizá, llegar hasta el castillo de la señorita Prégny... La encontraréis doblando á mano derecha en el extremo de un paraje cubierto de castaños. Las gentes son muy amables y muy agasajadoras, y consentirán, sin duda, en alojaros.

¡Hum! Esa hipótesis nos parece dudosa; pero la noche se nos viene encima, tenemos hambre, y eso nos anima á tentar la aventura.

Dimos vuelta, pues, á mano derecha, y distinguimos claramente por encima de los castaños, los techos de pizarra de la mansión de la joven cuyos hábitos hospitalarios nos había alabado el buen hombre.

Ese «castillo» era simplemente un salón savoyano, una mansión de techos con aleros, flaqueadas por dos torrecillas cuadradas y precedidas de un vasto corredor separado de la avenida por una pesada verja de hierro. Esta verja estaba entreabierta y pudimos penetrar fácilmente en el corredor donde los cardos y las cepas de avena crecían y morían en abundancia.

Un muro completamente bajo lo separaba de un gran jardín, y contra un muro, al abrigo de un ace-

bo, un viejo pozo levantaba su brocal revestido de follaje. Todo, desde las cornisas amohosadas hasta los pasamentos de las puertas, denunciaban á gritos el abandono y la decrepitud.

El jardín parecía más salvaje todavía: las fresas habían invadido los pasillos y exponían sus tallos rastreros; los plátanos se asemejaban á los otros de los cementerios.

Aquí y allá algunas plantas tenaces habían sobrevivido; cotrindas, violetas y caléndulas de tintas pálidas y perfume otoñal. Todo esto, los manzanos, los frambuesos, los duraznales, formaban una especie de floresta virgen.

La fachada que miraba hacia el jardín estaba de arriba abajo adornada por un jazmín, en el que algunas blancas estrellas reanimaban toda su oscura verdura; se desprendía de esa singular mansión un perfume de misterio que nos seducía. Nos decidimos á golpear la puerta. Una anciana, con una cofia de pelo negro, nos abrió, y presentando nuestras excusas, le significamos nuestro objeto.

Ella nos examinó curiosamente; nuestro aspecto le inspiró sin duda confianza, pues concluyó por sonreír.

—Voy á consultar con la señorita . . . Entrad solamente y esperadme.

Nos dejó en el vestibulo, adornado por pequeños cuadros negros y blancos que exhalaban un acen- tuado perfume de campiña, y cuyas murallas húmedas ostentaban antiguos retratos de ascendientes. Nuestra espera no fué muy larga, la sirvienta reapareció trayendo en la mano un candil de mecha inde- cisa, que iluminaba vagamente su semblante aringado y como desbastado á golpes de podón.

—La señorita, dijo, os ruega que la excuséis si no os puede recibir personalmente. Está ocupada con su «granges» . . . Pero yo misma voy á mostraros vuestros cuartos y os conduciré á cenar.

Y dicho esto nos llevó en el primer patio á una pieza vasta, adornada de tapicería, y que comunica- ba con un cuarto de dos lechos. Candeleros Luis XV, con bujías á medio consumir, estaban colocados en los dos ángulos de la chimenea.

La sirvienta las encendió y preparó todo para que pudiéramos acostarnos bien, y después fué á bus- carnos qué comer.

Las bujías alumbraban á duras penas. La atmósfera húmeda las rodeaba de un vapor semejante al hálito de la luna durante las noches brumosas, y los objetos no salían de la sombra, sino á medias. Pa- recía que ese salón, inhabitado desde hacía largo tiempo, hubiera quedado en el mismo estado en que lo dejara su último ocupante.

Sobre un velador alcancé á distinguir una vasija todavía llena de plantas desecadas. Eran flores salvajes recogidas sin duda en un paseo de otoño, pues pude reconocer un grupo de climátidas y otras flores estivales. En uno de los rincones se encontraba un chiffonier con ornamentos de cobre y de uno de los cajones entreabiertos salían madejas de seda azul, rosa y otros colores.

Un libro había sido olvidado sobre la mesa de mármol, y una hoja de jazmín señalaba la página en que su lectura había sido interrumpida

Lo hojeé: era un volumen de las *Meditaciones*. Frente á la chimenea había un piore abierto, y sobre el pupitre se hallaba colocado un cuadro de sonatas de Mozart. Pero lo que llamó sobre todo mi atención, fué, encima del piano, un pastel de forma ovalada, un retrato de mujer joven en toilette de soirée.

Tenía frente de inteligente, ojos azules de mirada límpida y una sonrisa jugueteaba en los labios de su boca juvenil. Se lo señalé á Tristán, que lo examinó á su vez, é insinuó que ese sería el retrato de la señorita Prégny.

—En ese caso, dije, esta señorita no debe ser joven, pues á juzgar por la toilette el pastel data del segundo imperio.

En eso fuimos interrumpidos por la aparición de la sirvienta. Nos traía cubiertos, pan, una pechuga fría, huevos, frutas y una botella de vino añejo, y colocó todo en una pequeña mesa redonda, retirándo- se después de darnos las buenas noches.

Tomamos asiento alrededor de la mesa, y haciéndole los honores á la cena, recomenzamos á entre- tenernos en ponderar este invisible huésped que nos acogió tan hospitalariamente. Los detalles de ese antiguo mobiliario, impregnado por la poesía de las cosas de otros tiempos, nos sugería toda clase de suposiciones novelistas.

Tristán persistió en su pensamiento de que la misteriosa señorita de Prégny debía haber habitado ese salón, donde habíamos sido instalados, y trataba de constituir su personalidad, tomando como ele- mentos de juicio el retrato al pastel; la música colocada sobre el pupitre del piano, el libro favorito olvi- dado sobre el chiffonier.

«Aun admitiendo que el pastel date de 1859 ó 1860, lo que no es probable, declaraba él, nuestro huésped tendría veinte años apenas en ese tiempo, y puede ser hoy una vieja encantadora. Ella debía sobre todo conservar la juventud del alma. Ama la poesía, la música y las flores; y siento tierna simpa- tía por esa amable joven que se ha desarrollado como planta rara y delicada en el fondo de esa vivienda salvaje.»

Yo no estaba dispuesto á confrontar su opinión. El añejo vino de nuestro huésped, nos encendía la imaginación. El resto de la noche lo pasamos disertando sobre el mismo tema y acostándonos de día en el fondo de nuestros lechos.

Así, cuando por la mañana vino la sirvienta á preguntarnos cómo habíamos pasado la noche, nos encontró en pie y con indecibles deseos de ver á la señorita Prégny, á fin de expresarle toda nuestra ín- tima gratitud.

—La señorita está abajo, en la sala, respondió la sirvienta. Ella prepara el café con leche y se contentará mucho al ofreceros personalmente una taza....

Descendimos con una ligera exaltación del coupé. La sirvienta abrió la puerta del comedor, nos hizo pasar delante de ella y pudimos ver, en el extremo de la mesa, una mujer de cincuenta años, de talle corto, semblante coloreado, pequeños ojos grises muy vivos, gruesos labios y cabellos grises, peinado á estilo chinesco sobre la frente.

—Entrad, caballeros, vosotros no me molestais....

—Señorita de Prégny, dije un poco cortado, venimos, antes de partir, á presentaros nuestras excusas y nuestro agradecimiento, por todo.

—Yo no soy la señorita de Prégny, replicó con un levantamiento de espaldas.

—Perdón. ¿Dónde está la dueña de casa?

—La dueña soy yo.... La señorita de Prégny.... ¡Oh! la señorita de Prégny no es ya más de este mundo.... La pobre querida criatura ha muerto hace diez años, instituyéndome su heredera á condición de que yo no cambiaría nada de lo que hay aquí.

He ejecutado fielmente su última voluntad, y vosotros habéis podido verlo en mi salón.... Todo está exactamente como el día en que ella entregó su alma á Dios....

En seguida cambiamos algunas palabras de conversación, y cortesmente nos despedimos.

Cuando tomamos de nuevo la avenida de los castaños, el sol comenzaba á desalojar las nubes.

Sobre la hiedra se levantaban blancos vapores que humedecían las copas de los castaños.

Se diría que los poéticos recuerdos de la muerte exhalados dulcemente por la tierra húmeda. Y que el alma encantadora de la señorita de Prégny se cierce todavía sobre el querido dominio donde se había deslizado su juventud.

Y, melancólicamente engañados, descendimos hacia el lago, llevando con nosotros la imagen fugaz de la huésped difunta que nos había dado hospitalidad.

ANDRÉS THEURIET.





En la alameda tranquila  
que bordea la laguna  
nos dió alcance la pupila  
soñadora de la luna.

Las parejas se alejaban  
tras los árboles espesos  
y en la atmósfera dejaban  
como estela muchos besos

Te apoyaste sobre el brazo  
que en silencio te tendía  
y anduvimos largo plazo  
con la luna por espía.

Las pisadas resbalaban  
sin dejar ruido ni huellas....  
Nuestros ojos navegaban  
en la noche como estrellas....

Y tu cuerpo tan pequeño,  
como silueta divina  
engarzado en el ensueño  
de la blanca muselina,

te hacía más hechicera  
que todas las ricas galas  
y parecías ligera  
como si tuvieras alas.

(En la alameda tranquila  
que bordea la laguna  
nos dió alcance la pupila  
soñadora de la luna).

Y por rutas tentadoras,  
bajo la noche estrellada  
anduvimos muchas horas  
sin decirnos nada.... nada.

MANUEL UGARTE,

# REVISTA MODERNA.

## INDICE DEL AÑO IV.

	Págs.		Págs.
ALARCON P. A. DE.		CAMPOS RUBÉN M.	
El mulo, el burro y el caballo.....	50	Cuento de Abril.....	154
ARGÜELLO H. SANTIAGO.		Felipe Villanueva G.....	175
Viaje al país de la decadencia.....	224	Pecado de amor.....	206
Id.    id. ....	301	Cuento bohemio.....	266
Id.    id. ....	346	A muerte.....	285
El poema de la Locura.....	365	Paisajes parisienses.....	298
Id.    id. ....	384	De Natura rerum.....	314
BARREDA GABINO.		Un noctámbulo.....	353
Algunas ideas respecto de Instrucción Pri-		El nocturno en sol.....	368
maria.....	237	Un suicidio.....	381
Algunas ideas respecto de Instrucción Pri-		CARDUCCI GIOSUÉ.	
maria.....	276	Recuerdo de infancia.....	48
Algunas ideas respecto de Instrucción Pri-		Da Bologna.....	132
maria.....	292	CASASÚS JOAQUÍN D.	
Algunas ideas respecto de Instrucción Pri-		Al esclavo escanciador.....	155
maria.....	311	La Campesina.....	371
BARREDA LUIS.		Montes, valles y almas.....	371
Memoria eterna.....	108	CLEARCO MEONIO.	
Job.....	204	A una tórtola ciega.....	30
BAUDELAIRE CHARLES.		COUTO CASTILLO BERNARDO.	
Embriagaos.....	200	Pierrot sepulturero.....	142
Cada uno con su quimera.....	304	Una obsesión.....	159
BERNARD JEAN.		DÁVALOS BALBINO.	
Fiestas de poetas.....	214	A Campoamor.....	157
BLOY LEÓN.		Las Ingenuas.....	235
El Cristo de los ultrajes.....	180	El nombre de María.....	275
BOURGET PAUL.		Los grandes poetas norte-americanos....	329
Lawn Tennis.....	72	D'ANNUNZIO GABRIELE.	
BRYAN W. C.		In morte di Giuseppe Verdi.....	119
Upon the mountains distant head.....	371	Da Milano.....	133
Oh the fairest of the rural maids.....	371	DARÍO RUBÉN.	
CAMPOS RUBÉN M.		Rodin.....	99
Flor y Fruto.....	31	Poesía.....	146
El dictado del muerto.....	106	DELGADO RAFAEL.	
Un egoísta.....	124	Margarita.....	282

	Págs		Págs
D'ESPARBES GEORGES.		LÓPEZ DE MATURANA JOSÉ.	
Un refractario .....	34	Flor de Otoño.....	200
DÍAZ MIRÓN SALVADOR.		LUGONES LEOPOLDO.	
Telegrama.....	246	La ofrenda de Herodes.....	123
Idilio.....	252	Hortvs Deliciarum.....	383
El Fantasma.....	269	MARQUINA EDUARDO.	
FERRER JOSÉ TRINIDAD.		La mujer danzando .....	313
Crucificat.....	184	La Balada de los Golfos.....	387
Las guitarras.....	181	MARGUERITTE PAUL.	
FRANCE ANATOLE.		Timbre de alarma.....	83
El último sueño de Luis XV.....	296	MERRIL STUART.	
FRÍAS HERIBERTO.		Paix.....	173
El heroísmo del traidor.....	149	MIRABEAU OCTAVE.	
GENER POMPEYO.		De «El Jardín de los Suplicios» .....	112
El final del libro «Inducciones».....	103	MILK.	
La Higiene.....	114	Cántiga .....	216
GONCOURT ED. Y JULIO DE.		NERVO AMADO.	
Un aguafortista.....	93	La tristeza del Converso.....	162
GUTIÉRREZ NÁJERA MANUEL.		La hermana Agua.....	193
Non Omnis Moriar.....	61	Enigma.....	275
William Shakespeare.....	187	Implacable .....	305
HALPERINE-KAMIUSKY E.		NOGALES JOSÉ.	
En la casa de Tolstoi.....	256	En el pozo.....	326
Id. id. ....	270	Id. ....	357
HEREDIA JOSÉ M. DE.		Id. ....	375
El duque de Broglie.....	308	NOVELO JOSÉ I.	
HERMANT ABEL.		Tarde de Otoño.....	247
Los Corderos .....	126	ORCI JUAN R.	
HERRERA DARÍO.		Eternamente.....	323
Doliente.....	109	OTHÓN MANUEL JOSÉ.	
HÜYSMANS JORIS KARL.		Lobreguez.....	222
Del libro «En Rade».....	164	PÉREZ GALDÓS BENITO.	
ICAZA FRANCISCO A. DE.		Theros.....	35
La Fiebre.....	174	PERES R. D.	
La arteria rota.....	174	La Evolución del teatro Catalán.....	318
Música de Oriente.....	174	PUGA Y ACAL MANUEL.	
JAMMES FRANCISCO.		Poemas en prosa.....	55
El Tranvía.....	110	Para el Album de Isabel S. de Corona. ...	374
JONCIERES LÉONCE DE.		El Blasón de la Duquesa.....	386
La Balançoire.....	44	REBOLLEDO EFRÉN.	
La battement de ses seins.....	44	Faunalia.....	32
LEDUC ALBERTO.		La Bordadora.....	49
Un paisaje est un état d'âme.....	274	Poesía.....	65
LEMAITRE JULES.		Poema Cíclico.....	76
Juan Richepin .....	372	Crepúsculo.....	92
LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS JOSÉ.		La Vejez del Sátiro.....	111
Las tres apoteosis de Margarita.....	85	Voto.....	127
Tres sonetos.....	86	Cuño .....	138
		Magna Voluptas.....	168
		Estampa.....	170
		Venus Pia.....	199

	Págs.		Págs.
<b>REBOLLEDO EFRÉN.</b>		<b>TABLADA JOSÉ JUAN.</b>	
Tibi, Regina .....	202	Poesía en honor de los poetas anglo-ame- ricanos .....	349
Yo no sé .....	263	La mujer de Tjuang-Tsé .....	378
La canción del trovero .....	288	<b>THEURIET ANDRÉS.</b>	
Ofrenda .....	312	La Mansión .....	389
Saudades .....	370	<b>TOLSTOI LEÓN.</b>	
La mirada de tus dulces ojos .....	380	El Perro muerto .....	72
<b>BENARD JULES.</b>		El credo de Tolstoi .....	242
El Péndulo .....	163	<b>TURGUENEFF IVAN.</b>	
<b>SÁNCHEZ PESQUERA MANUEL.</b>		¿En qué pensaré? .....	71
Nocturno .....	71	Un Egoísta .....	91
<b>SALAZAR ABEL B.</b>		Lucharemos .....	96
In memoriam .....	227	Dos ricos .....	98
Golondrinas .....	260	Los dos hermanos .....	261
En Oración .....	287	El Insecto .....	261
<b>SCHWOB MARCEL.</b>		<b>UGARTE MANUEL.</b>	
Las seis notas de la flauta .....	120	Musa de Ajenjo .....	33
<b>SERAO MATILDE.</b>		De Paris .....	128
La Ramilleteira .....	117	A una marquesa .....	179
<b>SILVA JOSÉ ASUNCIÓN.</b>		De un libro en prensa .....	250
Nupcial .....	56	En silencio .....	392
Mid night dreams .....	56	<b>UNAMUNO MIGUEL DE.</b>	
Vejece .....	141	Paisajes parisienses .....	289
Las Crisálidas .....	241	<b>URBINA LUIS G.</b>	
Nocturno .....	325	Carmen .....	209
Muertos .....	325	<b>URUETA JESÚS.</b>	
<b>STEELE H. D.</b>		Dulcinea-Preludio .....	3
Ballad of the hands .....	273	El himno del ultraje .....	26
<b>STRYENSKI CASIMIRO.</b>		Un libro de Justo Sierra .....	50
Enrique Sienkiewicz .....	67	Discurso .....	58
<b>SULLY PRUDHOMME.</b>		A los Estudiantes .....	74
Le Missel .....	236	Su mano .....	102
<b>TABLADA JOSÉ JUAN.</b>		Lavó su cuerpo con ambrosía .....	139
En el País del Sol .....	27	Discurso .....	218
Id. id. ....	45	Discurso .....	338
La Venus China .....	54	El Colegio Militar .....	362
Al Duque Job .....	63	<b>VALENZUELA JESÚS E.</b>	
El manto de penitencia .....	79	¡——! .....	29
En el País del Sol .....	90	Un viaje de bodas .....	42
Notas Bibliográficas .....	101	Piedad .....	97
Prerrafaelista .....	113	Renovare .....	116
Tragedia Obscura .....	122	Luz de luna .....	148
Notas Bibliográficas .....	134	Que me miren siempre .....	182
A la sombra de un Hérmes .....	145	Juárez .....	231
Mañana .....	167	Otoñal .....	316
Bernardo Couto Castillo .....	171	Solo .....	356
Himno á León Bloy .....	186	<b>SIN FIRMA.</b>	
Tipos que se van .....	198	El Festival de la «Revista Moderna» .....	62
Lendemain .....	203	A nuestro Director .....	72
Tipos que se van .....	234	Acontecimiento literario en la América la- tina .....	183
De Sully Prudhomme .....	236	Venta de «Lascas» .....	232
Arieta .....	262	«Ella» de Ernesto Elorduy .....	317
Flor de Acanto .....	284	Convocatoria .....	324
El Daimio .....	284	Programa de la velada Anglo-americana .....	344
Las princesas .....	300		

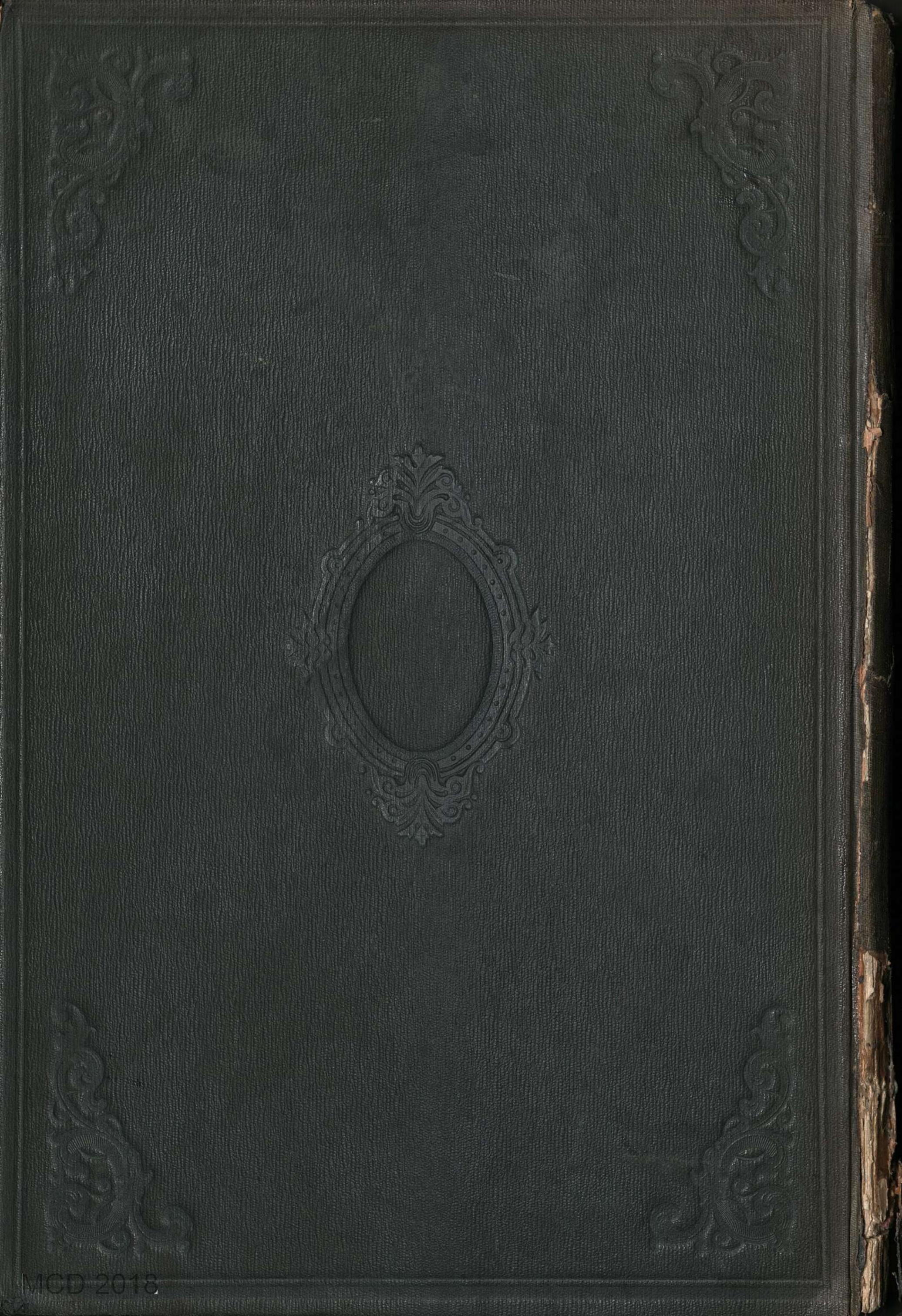












MCD 2018